

# La barbarie fascista en Canarias, contada por cinco fugitivos de Las Palmas

# Guerra y Piedad



del Pueblo. Estos obreros hicieron frente al enemigo durante todo un día, y con sus pistolas viejas le causaron numerosas bajas. Fue una lucha heroica, porque se sabía desde el primer instante que toda resistencia era inútil. Las ametralladoras del ejército estuvieron disparando dos horas seguidas contra la Casa del pueblo; luego, funcionó la artillería. El edificio quedó convertido en un montón de escombros. La mayoría de los obreros que estaban dentro pudieron huir, pero más tarde casi todos cayeron en manos de los fascistas.

### El diputado Suárez Morales

El diputado Suárez Morales también pudo armar a unos cuantos hombres, que estuvieron combatiendo valerosamente en el pueblo de Arucas, donde volaron todos los puentes. Para poder entrar en la localidad, las fuerzas insurrectas tuvieron que valerse de un canonero que pasó una mañana entera bombardeando la población.

Suárez Morales estuvo en verdadero peligro, y lo salvó un compañero cuando ya estaba a punto de caer en manos de los fascistas.

### Un campo de concentración

Lo primero que hicieron los fascistas al adueñarse de Las Palmas fue organizar la represión. Podría relatar también suplicios increíbles. El barrio del puerto llamado «La Isleta» fue convertido inmediatamente en campo de concentración, donde fueron encerrados todos los obreros, fuesen o no significados, solamente por ser trabajadores. Hecho esto, se dedicaron a perseguir a las organizaciones políticas. Media población de Las Palmas ha sufrido el martirio del aceite de ricino. Un compañero nuestro tuvo que beber medio litro de esta sustancia mezclada con orines, y experimentó tan graves trastornos, que murió al cabo de pocas horas.

Menudearon las palizas. A nosotros, al principio, nos daban una cada dos o tres días. Antes, sin embargo, nos obsequiaban con copas de aguardiente, que teníamos que beber brindando por Falange Española. «Behan, señores, Trotsky», nos decían; «behán, que les conviene animarse. Luego los daremos anís de palo». Cierta día, hubimos de presenciar el suplicio de un amigo nuestro, un militante socialista llamado Juan Cruz. Primero, le cortaron el pelo; luego, le dieron a beber el indispensable purgante y, por fin, le obligaron a bailar desnudo ante los falangistas y militares, que contemplaban el cuadro con gran alborozo. A otro muchacho, también socialista, le aplicaron un hierro candente al pecho, con objeto de hacerle desaparecer una hiena y un martillo que tenía tatuados.

En cierta ocasión, en el campo de concentración de «La Isleta», presenciábamos también unos fusilamientos. Los condenados murieron gritando: «¡Viva la República!» «¡Viva el partido comunista!». Fue aquello un espectáculo emocionante, que jamás olvidaremos.

Los cinco fugitivos de Las Palmas nos explicaron, además, un cúmulo de hechos. Nos han afirmado que en Las Palmas no hay arroz, ni jabón, y que casi falta el pan. La gente vive atomizada, y casi no se atreve a salir a la calle.

Nos han afirmado, asimismo, algo muy interesante y que debemos tener en cuenta. El día antes de salir de Las Palmas, se enteraron de que Franco había pedido a Canarias las quintas del 1931 y 1932, que forman un total de cinco mil hombres. Además, les dijeron que los barcos «Palma», «León y Castilla» y «Viera y Clavijo», que estaban anclados en el puerto, servirían para transportar estos hombres a la Península.

Lo único que no pudieron averiguar fué el lugar de destino de este contingente.

Antes de despedirse de nosotros, estos cinco amigos canarios nos han rogado que publicáramos sus nombres. Nosotros, sin embargo, no queremos complacerlos. Todos han dejado esposas e hijos en su tierra, y ya sabemos cómo las gestionan los fascistas.

P. M.

### La evasión

Hemos hablado con unos fugitivos de Canarias. Son cinco. Cinco obreros del puerto de Las Palmas, que han podido llegar a Barcelona después de conocer directamente—de sufrirla en propia carne por espacio de dos meses—la terrible barbarie de los salvadores de España.

Han llegado sucios, harapientos, sin dinero, maltratados y con el estómago estropeado por el aceite de ricino. Han sufrido tanto y presenciado hechos tan horribles, que podrían pasarse tres días enteros explicando cosas. Hace ya varios días que están en Barcelona, y aun dudan de que ello sea cierto. Les parece mentira que hayan podido salir de aquel infierno y que ya no tengan nada que temer.

«¿Cómo lograsteis huir?»  
«El mayor de los que componen el grupo nos lo cuenta con profusión de detalles.»

«Nosotros—dice—no teníamos otro deseo ni más pensamiento. Cada vez que podíamos reunirnos—y ello no era muy a menudo, porque los fascistas nos vigilaban—hablábamos horas enteras de aquel sueño casi irrealizable que constituía nuestra evasión. Nos torturábamos ideando proyectos e ideando planes que sabíamos no podían realizarse. Así pasaron semanas y más semanas. Mas una tarde llegó al puerto un barco francés. Se llamaba «Azrou» (podríamos leer y releer este nombre mil veces); llevaba cuarenta pasajeros y tenía que proseguir su viaje a la mañana siguiente. Aquella noche la pasamos entera en el muelle, contemplando el barco, devorando con los ojos sus lucernas azules y rojas, hasta que, al amanecer, aprovechando un instante en que la vigilancia era poca, subimos a bordo, escurriéndonos por entre unas cajas de frutas. Escondidos bajo un montón de cuerdas, con el corazón encogido por el temor de ser descubiertos, estuvimos aguardando muchas horas. Cuando ya el vapor navegaba en alta mar, salimos de nuestro escondrijo. Explicamos entonces quiénes éramos y el porqué de nuestra presencia en el barco. El capitán del «Azrou», indignadísimo, quería echarnos por la borda. Finalmente, se conformó a condenarnos a pan y agua. De esta manera, llegamos a Sete.»

En Sete nos trataron muy bien. El secretario del Consulado español se interesó vivamente por la suerte de los cinco fugitivos, y más tarde, el cónsul entregó a cada uno de ellos treinta francos. Los españoles residentes en la población acogieron, también, con gran afecto y les llenaron de atenciones, dándoles ropas de abrigo, zapatos y provisiones... Luego, Poribou y, finalmente, Barcelona.

### La sublevación fascista en Las Palmas

«Nosotros—nos dice uno de los cinco evadidos de Canarias—tenemos la convicción absoluta

de que la sublevación fascista en Canarias fué obra del gobernador civil. Por lo menos, es innegable que éste tuvo gran parte de culpa en ello. Ved lo que pasó. La noche del 18 de julio, el pleno de la Federación Obrera estaba reunido en asamblea permanente. Todos teníamos la convicción de que, de un momento a otro, iban a pasar cosas graves. A las dos de la madrugada, el gobernador envió una nota a los reunidos comunicando que había estallado un movimiento subversivo en la zona del Protectorado español y que era casi seguro que la sublevación se extendería a toda España. Ante esto, los obreros nos movilizamos inmediatamente, declarando la huelga general, y acudimos al Gobierno civil para proveernos de armas. Estábamos dispuestos a apoderarnos del parque militar. Pero el gobernador nos rogó que esperásemos. No tenía órdenes de Madrid, y él, por sí solo, no podía tomar tan graves decisiones. Esperamos. Esperamos horas y horas, y las órdenes de Madrid no llegaban. En cambio, el enemigo no perdía tiempo. A las seis de la mañana, se supo que Franco estaba en Canarias, y que era él quien dirigía todo el movimiento desde una habitación del hotel Negresco de Las Palmas. Se organizó rápidamente un combate. Alguien dijo que lo primero que había que hacer era matar a Franco, y la idea fué acogida por todos con entusiasmo. Unos cuantos compañeros subieron a un automóvil y se dirigieron al hotel; pero, en el trayecto, les salió al paso otro automóvil con elementos del Gobierno civil. Los obreros tuvieron que desistir de su propósito. Posteriormente, Franco se hospedó en el hotel Madrid, y también en este lugar estuvo en peligro de muerte.

A las ocho de la mañana—continúa explicando nuestro informador—, no había en el puerto de Las Palmas ningún obrero dispuesto a trabajar. La orden de huelga general se cumplía rigurosamente. Pero los soldados ya estaban en la calle y emplazaban las ametralladoras por todas partes. En aquellos momentos angustiosos, los obreros volvimos al Gobierno civil e insistimos pidiendo armas; pero como fuese que las órdenes de Madrid no habían llegado todavía, no pudieron darnoslas. Luego fuimos al Ayuntamiento; pero allí no tenían ni un mísero fusil. Finalmente, pudimos recoger dos o tres docenas de pistolas viejas, algunas de ellas, inservibles.

La guardia civil y la de asalto se opusieron en un principio al movimiento; pero el gobernador civil, invocando siempre la falta de órdenes de Madrid, les rogó se abstuvieran de hacer nada y evitaran un día de luto a Las Palmas.

### La Casa del Pueblo

A pesar de todos los obstáculos, fué posible reunir doscientos hombres armados en la Casa

## La barbarie en acción

# Por mojar a un legionario, un niño de seis años es atravesado con la bayoneta y paseado por las calles de Ayerbe

El miliciano Francisco Torres, huído de Ayerbe, ha relatado, con el dolor y la emoción consiguientes, el asesinato de su hijo, de seis años de edad.

Se encontraba la criatura en la plaza de la República.

Se presentaron varios pelotones de los legionarios de Sanjurjo. Uno de ellos fué a la fuente a beber, y entonces Pepito, el hijo de Torres, al retirarse con un cacharro de barro le mojó. «¿Quién es este guarro?» preguntó el legionario—. «Es el hijo de

uno de los caciques republicanos de aquí. De esos cochinos de Izquierda Republicana—le aclaró otro—. Y entonces el legionario esgrimió el fusil, con la bayoneta calada, y al tiempo que le gritaba: «Con que de Ayerbe, ¿eh?», le atravesó el pecho. Todos empezaron a reír como salvajes. Unas mujeres que por allí había se demoraron. El chiquitín aun daba débiles pataditas y mojó las manos, y con él asegurado, el asesino se echó al arma y al volver al hogar y fué a pasear por delante de la mujer de Torres.

La victoria soñada por los generales fascistas no es posible por falta de los ingredientes necesarios: razón, simpatía del pueblo, etc. Sin éstos, se lanzaron locamente a la guerra civil que sufre España, sin cuartel ni troque posible hasta el final.

Desmoronado el fascismo, este ejército sublevado, dirigido por lobos y chacales y arrastrando a la fuerza hijos del pueblo que no sienten las locuras de una España fascista, por ellos amalgamada en ensueños disparatados, lanzan sus rémoras nacidas en la escoria de su infecunda obra, al asesinato premeditado, bombardeando ciudades y lugares donde la inocencia de la niñez y la puerbertad moran ajenos a todo trance bélico y bárbaro de estas cosas que manchan nuestro país.

¿Qué simpatía pueden recoger del mundo humano que aun resta impasible ante hechos tan bárbaros, que defienden en nombre del Cristo que predicaba amor y decía: *dejad que los niños se acerquen a mí*, sin mirar estas niñerías? ¿Qué es lo que sienten en sus graníticos corazones, estos falsarios de su religión? ¿Qué conmiseración pueden albergar si matan de antemano todo lo que ellos dicen creer y venerar? Pues bien: sería perder el tiempo si el pueblo nuestro desmayara y entretuviéramos su mente arrojando continuamente las verdades que hártó se saben.

Vamos adelante, seguros de la victoria que ya alborea, y conquistando todo lo que podemos conservar, para que el fascismo, huyendo en su carrera loca, se vea abocado al abismo y se hunda en él para no volver, y junto con sus malos instintos, que son opresión y odio, se volatilice para siempre.

Ejército y milicias del pueblo, ¡adelante! la victoria ya es nuestra!

# El crimen fué en Granada

A Federico García Lorca

(EL CRIMEN)

Se le vió caminando entre justos por una calle larga salir al campo frío, que, con las estrellas, de la madrugada. Mataron a Federico cuando la luz acompañaba. El pelotón de verdugos no osó mirarle a la cara. Todos cerraron los ojos; rezaron: ¡Ni Dios te salva! Muerto cayó Federico—sangre en la frente y plomo en las entrañas—... Que fué en Granada el crimen sabed—¡pobre Granada!—, en su Granada...

(EL POETA Y LA MUERTE)

Se le vió caminar sólo con ella sin miedo a su guadaña. Ya el sol en torre y torre; los martillos en yunque, —yunque y yunque de las fraguas—. Hablaba Federico, requiebrando a la Muerte. Ella escuchaba. «Porque ayer en mi verso, compañera, sonaba el golpe de tus secas palmas, y diste el hielo a mi cantar, y el filo a mi tragedia de tu hoz de plata, te cantaré la carne que no llenas, los ojos que te faltan, tus cabellos que el viento sacudia, los rojos labios donde te besaban... Hoy como ayer, gitana, muerte mía, que bien contigo a solas, por estos aires de Granada, ¡mi Granada!

Se les vió caminar... Labrad, amigos, de piedra y sueño, en la Alhambra, un cúmulo al poeta, sobre una fuente donde llora el agua, y eternamente día: El crimen fué en Granada; ¡en su Granada!

ANTONIO MACHADO

## Bulos a costa de España

Diez de los principales corresponsales de Prensa extranjera en Madrid protestan contra las falsas noticias que atribuyen a nuestra capital una situación de moral y disciplina quebrantadas.

«El Obrero» anuncia que ha recibido el telegrama siguiente de diez de los principales corresponsales de la Prensa extranjera en Madrid:

«Como testigos oculares, creemos nuestro deber profesional protestar energicamente contra las falsas noticias sobre la situación en Madrid, propagadas por ciertos órganos de la gran Prensa de información. La disciplina de las milicias y la moral de la población civil no están en modo alguno quebrantadas. Hombres y mujeres están dispuestos a defender Madrid en el frente y en la retaguardia. Ha habido, sí, manifestaciones feministas; pero no al grito de «rendición», sino al de «¡todos los hombres al frente!». Las informaciones en contrario son indignas del periodismo, porque no se ajustan a la verdad.»